

zón des er la divergencia de opiniones que hubo entónces al juzgar el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo. D. Luis de la Rosa, el Ministro universal en aquellos aciagos días, como mexicano á quien animaba el más puro, el más noble patriotismo, habría querido sucumbir, sacrificar sus intereses, su existencia, antes que doblegarse á las pretensiones inicuas del invasor; pero no se trataba de oír únicamente los dictados del ardiente amor á la patria, sino también de no hacer sino lo que la voluntad nacional indicase, lo que estuviera en la posibilidad de las cosas. Al efecto, convocó una junta de Gobernadores, y aunque la mayoría de éstos se entregó á declamaciones en contra de la paz, sólo D. Melchor Ocampo, Gobernador de Michoacán, ofreció de una manera solemne el dinero y los soldados del pueblo heroico que le había confiado la dirección de sus destinos, y es fácil comprender que por rico y poderoso que fuese Michoacán, no podía con sus solos elementos sostener la guerra. Entónces el Gobierno se decidió por la paz.

Para conocer bien lo que fué el tratado de Guadalupe Hidalgo, es indispensable estudiar no leer, las páginas severas de la obra que con el título de *Recuerdos de la invasión norteamericana*, dió á la estampa nuestro compatriota, el distinguido historiador académico D. José María Roa Bárcena, á quien tocó la suerte de compulsar documentos hasta hoy inéditos, y esclarecer la verdad con un criterio recto, con una imparcialidad no común entre los historiadores contemporáneos. A esta obra remitimos al lector, como lo hemos hecho varias veces al tratar de otros mexicanos eminentes que secundaron con afán las nobles miras de D. Luis de la Rosa en aquellos momentos. Concretándonos á este último, debemos decir y proclamar muy alto, que defendió palmo á palmo el territorio, que contrarió con toda la energía de su carácter las desmedidas pretensiones de los Estados Unidos, y con tino y previsión que nunca le agradecerá México debidamente, estipuló el artículo XI en defensa de la frontera y como valladar á las hostilidades de los bárbaros.

Si D. Luis de la Rosa, de una manera inesperada, hubiese sido llevado por las circunstancias, sin otros antecedentes, al puesto altísimo que le tocó regentar en la época más difícil de nuestra moderna historia, bastaría para inmortalizarle, para grabar su nombre en el corazón de los buenos mexicanos, su conducta como Ministro universal de Peña y Peñón. Pocos merecen como él bien de la patria.

Y no termina aquí la relación de sus méritos. Al gobierno de que él era alma, inspiración y verbo, como alguien ha dicho ya, tocó

recoger las ruinas que dejan tras de sí los gobiernos como el de Santa-Anna, con sus peculados, su torpeza y su ineptitud.

"Santa-Anna—continúa el autor á quien aludimos—había ofrecido satisfacción á la Francia; porque un ministro francés había ultrajado á la autoridad mexicana; y el Sr. D. Luis de la Rosa restableció las relaciones diplomáticas, sin la mayor humillación para México. Santa-Anna había celebrado ya la Convención española, creando un fondo para reclamaciones futuras, y el Sr. de la Rosa fué el primero en oponerse á este oprobio. Desechó reclamaciones infundadas de otras potencias, hizo valer en el extranjero los justos derechos de su patria, y dirigió en fin, las relaciones exteriores con el mayor brillo y acierto. Al propio tiempo tenía que luchar con mano fuerte para reprimir la anarquía; y á veces, sin más armas que su pluma, intérprete fiel de su patriotismo, conjuraba las más terribles tempestades, como la imprudente asonada de San Luis Potosí. Tenía también, aunque lentamente, que ir reconstruyendo la administración pública en todos sus ramos, sobre todo en el de Hacienda, en el que salvó al país de los más onerosos contratos celebrados por Santa-Anna; y por último, viviendo en medio de los más duros conflictos, y careciendo á veces hasta de lo más necesario para pagar un correo que viniera á México, entregó intacta la indemnización americana al gobierno del general Herrera.

Restablecido el gobierno nacional en la capital de la República en los primeros días del mes de Junio de 1848 el nuevo Presidente D. José Joaquín de Herrera nombró á D. Luis de la Rosa Ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la República en Washington, acaso instigado por los que, celosos de la inmensa popularidad que como Ministro universal había conquistado, buscaban una manera honrosa de separarle del gabinete. El, siempre dispuesto á servir á su patria, aceptó y marchó á su destino. Una vez en Washington, el diplomático mexicano contrarió las miras usurpadoras del gobierno americano, exigió el puntual cumplimiento del tratado de Guadalupe Hidalgo, se expuso á la extradición de esclavos y defendió con la dignidad y la energía que le caracterizaban, los derechos de la República en la cuestión de Tehuantepec y en la de la Mesilla, que comenzaba ya á surgir.

Hallábase en los Estados Unidos cuando tuvo lugar en México (1851) la lucha electoral para la presidencia de la República, y fué el candidato de una fracción considerable del partido liberal. El triunfo lo obtuvo Arista.

Vuelto Santa-Anna al poder en 1853, D. Luis de la Rosa fué de nuevo víctima del vengativo rencor de aquel general. Casi moribundo fué arrancado de su lecho por los esbirros de Santa Anna, y conducido á la ex-Acordada, y después llevado á su pueblo, con su familia, sin que en tan rudas pruebas lanzara una queja, ni cometiera la menor debilidad ante la tiranía.

Hallábase en Puebla en 1855, y el voto público lo elevó á la primera magistratura del Estado. Reconoció y apoyó al gobierno del general Carrera y después, cuando el general Vega subió al poder, declaróse abiertamente por el plan de Ayutla.

Tornó á México D. Luis de la Rosa, y consultado por D. Juan Alvarez, influyó no poco en la elevación de Comonfort (Diciembre de 1855) Comonfort á los dos días de haber subido al poder nombró su Ministerio (12 de Diciembre) poniendo como jefe de él al Sr. de la Rosa, que se hallaba desempeñando la dirección de la Escuela de Minería. Redactó el programa de la nueva administración, y combatiendo contra todo género de obstáculos en aquella época tremenda de encarnizada lucha, reveló una vez más sus grandes dotes de hombre de Estado.

Peró aquella existencia consagrada toda al servicio de la patria, iba á extinguirse bien pronto. Enfermo, debilitado por los años y las fatigas de la vida pública, D. Luis de la

Rosa tomó parte en cuantas medidas progresistas se dictaron, llevó á buen término la cuestión de España, y sostuvo en su lecho de muerte, puede decirse, nuestros derechos en las diferencias con la gran Bretaña.

Cuando se le llevó á su lecho la última nota dirigida á la legación inglesa, creyóla algo humillante, se negó á subscribirla y redactó otra en términos más dignos y decorosos. Este fué el último y no menos meritorio de sus trabajos, pues algunos días más tarde, el 3 de Septiembre de 1856, dejó de existir.

La relación de los grandes hechos de D. Luis de la Rosa, como hombre de Estado, como patriota y como diplomático, aun trazada así á grandes rasgos, es en extremo interesante. Del literato, del orador, mucho podríamos decir. En los mejores periódicos literarios de su época figuran sus bellísimos, sus inimitables artículos descriptivos, en lenguaje poético escritos. En las tribunas cívica y parlamentaria resonó su voz elocuente, y oraciones suyas podríamos citar, que merecen tomarse como modelos de la elegancia en el decir, de corrección y del más puro y levantado amor á la patria; oraciones en las que se ha pagado á los héroes de la libertad mexicana el tributo más hermoso y más digno.

D. Luis de la Rosa, digámoslo para terminar, es una de las eminentes personalidades de cuyos hechos puede y debe de estar orgullosa la patria.



NICOLAS ROMERO.

1827—1865

I.

NACIO Nicolás Romero el 6 de Diciembre de 1827 en Nopala, pequeña población perteneciente en ese tiempo al extenso Estado de México, y que hoy forma parte del Estado de Hidalgo, que se creó después.

Sus padres eran muy pobres, y quizá por eso no tomaron empeño en que su hijo adquiriera por lo menos una instrucción elemental. De suerte que el futuro guerrillero jamás supo escribir ni leer. Cuando fué grandeito comenzaron á ocuparlo en las faenas

del campo, y en ellas trabajó algunos años. Aprendió después el oficio de tejedor; dejó su tierra natal en busca de mejor suerte, vino al centro del país y entró como operario en la fábrica de mantas de Molino Blanco. Estuvo también en épocas diversas en las fábricas de Río-Hondo, la Colmena y otras.

En esas pacíficas labores pasó su primera juventud. Había llegado á los treinta años, y no se habían despertado en su espíritu los más leves instintos bélicos. Cierto es que en el fondo del alma creía percibir una voz misteriosa que le llamaba á la guerra; pero los acentos de esa voz eran confusos y los deseos

que despertaban, vagos e indecisos. Sin embargo, el germen existía puesto que daba señales aunque incoherentes, de vida; el tiempo acabaría por desarrollarlo, porque el suelo y el ambiente de la época eran los más á propósito para ello. La guerra estaba entonces en la atmósfera; se respiraba en la calle, en el templo, en el hogar, en el taller, en todas partes. Se acercaba á gran prisa la tormenta de la guerra de Reforma, y un viento siniestro soplabá por todos lados.

Romero sentía operarse en su interior una paulatina transformación: sufría la influencia de la electricidad del momento. Nadie entonces, podía permanecer indiferente: tenía que ser liberal ó reaccionario. Romero, obedeciendo á ese atinado instinto que fué siempre su guía, se declaró liberal; pero hasta esos momentos no había tomado las armas para entrar en la pelea, aunque el fragor preliminar de ella llegaba ya á sus oídos.

Un acontecimiento repentino lo decidió á hacerlo; acontecimiento que, como veremos al final de esta biografía, había de pesar sobre Romero todo el resto de su vida como una amenaza fatal; y acabaría al fin por empujarlo á la tumba.

A principios de 1858, se hallaba Romero, un día de fiesta, en compañía de varios amigos y conocidos suyos en Molino Viejo, no lejos de Tlalnepantla. En el curso de la conversación y de las bromas que unos á otros se dirigían para pasar alegremente el tiempo, hubo alguno que ofendió á alguien de los presentes. Turbada así la buena armonía que hasta esos momentos había reinado, fueron exaltándose más y más los ánimos; complicóse el desacuerdo, y al fin se formalizó una riña entre Nicolás Romero y otro individuo, panadero de oficio. Comenzó, pues, entre ellos un combate singular de esos que tan frecuentes son en todo el país, y el resultado de él fué que Romero causase una herida á su contrario. Los circunstancias, al ver correr la sangre de uno de los adversarios, se desbordaron en un momento; temerosos de verse envueltos en la averiguación judicial que no dejaría de originar aquel suceso.

Romero, que más que ninguno tenía por qué abrigar un temor semejante, echó también á correr, para alejarse del sitio en que la riña se había verificado. Creía haberse puesto ya á salvo de la persecución, porque había recorrido en poco tiempo una distancia considerable, cuando notó que en la dirección en que él había venido huyendo se aproximaban á todo correr dos hombres á caballo, en quienes Romero creyó reconocer á los agentes de la autoridad. Alarmado el fugitivo,

intenta acelerar su carrera; pero le es imposible, porque ya está casi rendido de cansancio. Procura entonces esconderse, pero al volver la vista en todas direcciones para buscar un escondrijo, ve á cierta distancia á un individuo, con apariencias de criado, que conduce á paso lento y tranquilo dos caballos; quita la rienda de uno de ellos de la mano del criado, salta á la silla y huye á escape. El mozo, turbado por la sorpresa, ni siquiera ha pensado en oponer resistencia.

He ahí, pues, á Romero corriendo al azar por campos y caminos, sin más objeto que el de no ser aprendido. Pronto aquel caballo de paseo se cansa con la marcha desacombrada y violenta que se le impone. Romero se apea, deja el caballo abandonado, sin preocuparse por las consecuencias, porque se cree ya hombre perdido, y se interna por campos, montes y barrancas.

Algunos días después entra de noche en Atizapan, pesados, hambriento y con un pie dislocado. El rumor del suceso en el que él ha representado el principal papel, ha llegado hasta allí. Los amigos del fugitivo toman mayores informes sobre el caso, y llega á su conocimiento que no sólo buscan á Romero por la riña que tuvo con el panadero, sino que también tratan de procesarlo á instancias del comerciante D. Manuel Echávarri, quien lo acusa de asalto y robo, pues él es el dueño del caballo en que Nicolás Romero huyó cuando le daban alcance.

Al recibir Romero esas noticias deja caer la cabeza desalentado, y pasa varios días sin saber qué hacer.

Entretanto que él fluctúa en su indecisión, se acrecienta progresivamente el estruendo de la guerra de Reforma. El país todo vibra con ella, el ambiente todo está saturado de odios y de simpatías que chocan entre sí, que convierten á la nación en un vasto campo de batalla y que arrastran hacia uno ú otro lado á todos aquellos que están en aptitud de tomar las armas. Romero, al aspirar los flujos de guerra que llegan hasta su escondite, siente avivarse dentro de él aquellos instintos batalladores que vagamente se le habían revelado alguna vez. Toma su resolución en el acto, y en vez de ir á establecerse á lejanas tierras como había pensado en un principio, sale una noche de Atizapan en busca de una fuerza liberal á que incorporarse, y se presenta en Ajusco al jefe de guerrilla Aureliano Rivera, quien lo recibe en sus filas y poco después lo asciende á alférez.

Tal fué el principio de la carrera militar de Nicolás Romero. Su jefe vió en él desde los primeros días, un soldado valiente, sobrio,

cumplido, si bien taciturno y como reservado. ¿Era aquella seriedad muda, aunque afable, efecto de un recuerdo pertinaz del acontecimiento que deploraba en secreto? ¿O por una de esas intuiciones inexplicables que suelen presagiar á un hombre su porvenir, presentía que el episodio de la riña y el caballo, indolente en su memoria, influiría trascendentalmente en su existencia?

Difícil sería discernir esto; mas lo cierto es que entonces y después se distinguió por su carácter extraño, pues mostrábase impetuoso y ardiente en el combate, y por lo común frío, indiferente y como melancólico en la vida ordinaria. Su poco ó nada expansiva índole no perjudicó en nada á su carrera. Se atrajo la estimación de sus jefes, y alcanzó por su comportamiento varios ascensos, de suerte que al terminar la guerra de Tres Años tenía el grado de comandante de batallón, y había combatido unas veces como subalterno y otras acaudillando alguna sección organizada por él.

Aquel formidable incendio de la Reforma fué una fragua en que se templaron muchos caracteres. Uno de ellos fué Nicolás Romero. Había hecho toda esa guerra en calidad de oficial cumplido, pero oscuro, desconocido del todo fuera del círculo de sus compañeros y de sus superiores; pero en cambio, había aprendido la guerra en numerosos combates, se había familiarizado con el fuego, y había adquirido esa grandeza de corazón que sólo da el hábito del peligro siempre renovado y la presencia constante de la muerte.

Así es que después de la acción de Calpulalpan, cuando Romero volvió á la vida privada, no era el mismo que tres años antes había salido de ella. La guerra lo había templado y héchole crecer moralmente. Tenía ya la talla necesaria para convertirse en el terror del enemigo extranjero en las abruptas montañas de Michoacán.

Pero no era tiempo aún, y el futuro favorito de la Fama se dedicó, para ganarse la vida, á un ejercicio humildísimo: á matar cerdos en el pueblo de Atizapán, próximo á Tlalnepantla.

II.

El fin de la guerra de Reforma no había sido más que una tregua. La Intervención francesa, amenazadora y terrible, vino pronto á conmover de nuevo el país.

Nicolás Romero volvió á tomar las armas. Pero al principio sus tiros fueron sólo dirigidos contra los vestigios armados de la reacción, que no se daba por vencida, y brotaba por todos lados como una yerba maligna y de funesta exuberancia.

Negrete por la Villa del Carbón, Buitrón por el Monte de las Cruces, y por varios rumbos de la comarca Cajiga, Gálvez y otros jefes reaccionarios, tenían en continua alarma á los pueblos. Estos pidieron al gobierno federal tropas que les protegiesen, ó cuando menos armas y un jefe experto para defenderse por sí mismos. El gobierno llamó á Nicolás Romero, cuya reputación había llegado hasta él, y le dió orden de levantar un escuadrón y de expedicionar por los rumbos de Tlalnepantla, Cuautitlán, Jilotepec y Zumpango. Romero reunió á la mayor brevedad treinta hombres como núcleo de sus tropas y entró de lleno en acción. Estaba una tarde en un mesón de Cuautitlán con sus treinta soldados, cuando llegó al pueblo el reaccionario Patriocio Granados al frente de 150 hombres; se acercó á toda prisa al mesón en que se hallaba el jefe liberal, y empezó el tiroteo. Romero á la cabeza de su pequeña tropa dispuso y emprendió luego el ataque para rechazar á su enemigo. Treinta hombres acabados de reclutar eran muy poca cosa para 150 más ó menos aguerridos. Más no por eso vaciló Romero. Ya desde entonces se despertaba en su carácter aquel valor fulminante y arrollador á la hora del peligro, que arrasaba todo delante de sí como la lava de un volcán.

No mide, pues, la magnitud del peligro y lo desafía con atrevida resolución.

—Al jefe, muchachos—dice á sus soldados—tírenle al jefe.

Unos cuantos fusiles dirigen su boca hacia donde está Granados; pero viendo que por hallarse lejos es difícil que le toque alguno de los tiros, disparan unos pocos y vuelven á apuntar hacia á los soldados que están más cerca.

—¡Al jefe he dicho!—exclama Romero con voz airada.

Y como aquella voz resonase vibrante de autoridad y de valor en medio de una lluvia de balas, todos los soldados obedecen instantáneamente; olvidan á las filas de fusiles que cerca les apuntan, y dirigen los cañones de sus armas hacia el sitio en que Granados está dirigiendo el asalto, oculto á intervalos por el humo de la pólvora. Aquel fuego casi en salva sobre el jefe reaccionario produce el efecto deseado: una de las balas le hiere mortalmente, sus soldados le ven caer del caballo, corre entre ellos la noticia de que su jefe ha muerto y se desconciertan.

¡Ahora sobre ellos, muchachos!—grita alegremente Romero—Vamos á desbaratarlos como si fuese una manada de borregos.

Y se lanza intrépidamente en el fuego, seguido de sus pocos soldados. Estos alentados

por el desorden que se nota en el enemigo, acometen con vigor y la derrota de los reaccionarios se consuma en breve tiempo. Romero, pasado el peligro y el enardecimiento del combate, vuelve á su calma habitual.

Nos hemos detenido un momento en describir este episodio, porque en él se ven aomar las brillantes cualidades, que más tarde harán de Romero el arquetipo del guerrillero mexicano: esto es, su fecundidad de estrategia, su feliz previsión, su energía incontrastable y su fogosa intrepidez.

Esta delineación en bosquejo de su personalidad militar, nos permitirá prescindir de los detalles, al hablar de los combates de Romero, en el curso de esta biografía.

Enumerar minuciosamente los encuentros, sorpresas, escaramuzas y demás incidentes de sus expediciones en la comarca que se le había señalado, nos llevaría demasiado lejos, sin provecho alguno. La biografía de un guerrillero no se puede trazar punto por punto, porque se compone de una serie infinita de combates parciales, que aunque valen ante el patriotismo y el engrandecimiento de la nación, tanto como esas batallas campales en cuya descripción se emplean numerosas páginas, no tienen el mismo valor en la narración. Un guerrillero oscuro puede haber mostrado en un encuentro inesperado en medio de un bosque, quizá más valor y más heroísmo, que un general en una batalla formal, dirigida desde una emitencia, apenas bañada por el fuego enemigo; más á pesar de eso, la Historia recogerá minuciosamente todos los pormenores de la batalla, y dejará en un completo olvido el encuentro en el bosque y el heroísmo en él desplegado. Éste se esto á que una batalla formal tiene grande influencia en los acontecimientos de una nación, y un encuentro aislado no influye en ellos, sino de un modo apenas perceptible.

Por eso no intentaremos trazar una minuciosa hoja de servicios de Romero; sus combates no fueron de esos que la Historia recoge como sucesos inolvidables en los anales de la guerra, pero valen ante el agradecimiento nacional tanto como aquellos, si no es que más, pues representan el valor, la perseverancia, la abnegación y el sufrimiento en defensa de la patria.

Limitémosnos, pues, á decir, volviendo á la biografía de Nicolás Romero, que el tiempo que empleó, conforme á las órdenes que había recibido, en hostilizar y perseguir á los reaccionarios en la región antes indicada, fué para él de incansable actividad y de continuas peleas. Entretanto, la guerra de Intervención se había formalizado, y el Oriente de la Re-

pública, convertido en campo de operaciones, absorbía todos los elementos militares del país.

Allá se dirigió Romero y confundióse en las peleas de los patriotas, que formaban con sus pechos una muralla que oponer á la irrupción francesa, cuyo rumor amenazador llegaba ya hasta la capital de la República.

Asistió á varias acciones de guerra, y fué uno de los esforzados defensores de Puebla, que el 5 de Mayo de 1862 rechazaron victoriosamente á la división de Laurencez.

Tomada al fin esta plaza el año siguiente, Romero se internó en los rumbos que le eran conocidos, y resolvió continuar haciendo la guerra con cierta independencia y dando expansión á las dotes de guerrillero que sentía agitarse dentro de él. Un soldado más, es decir, un fusil más en las filas regularizadas del ejército, era un refuerzo de mínima importancia; una guerrilla suficientemente numerosa para hostilizar al enemigo, bastante fuerte para resistir á sus embates, y al mismo tiempo móvil y ligera, para hacer de la rapidez de sus movimientos su principal ventaja en el ataque y en la defensa, sí podría tener una influencia sensible en la contienda que se empeñaba más y más cada día.

Convencido de esto, Romero se dirigió al Estado de México, campo de sus anteriores expediciones, y reunió en Tula un puñado de valientes, diez ó doce, con los que dió principio á las proezas que, reproducidas más tarde en un teatro más vasto, y frente á un enemigo más terrible, habian de hacer de él un personaje legendario en México, y una noble víctima sacrificada en aras de la patria.

No se limitó á debilitar al enemigo en las regiones recorridas por su guerrilla, prestigia-da pronto por el valor y la victoria; no se conformó con batir á las partidas de franceses y traidores que se avistaban con él; procuró también, dentro de su esfera de acción, mantener incólume el decoro de la lucha por la patria, persiguiendo á los foragidos que querían encubrir con la bandera nacional sus correrías de facinerosos.

Este rasgo de su carácter es tanto más digno de notarse, cuanto que algunos espíritus prevenidos hasta hoy contra Romero por los rumores denigrantes que sobre su persona hizo circular el Imperio para justificar su muerte, lo juzgan aún un personaje mixto, una mezcla de patriota y de bandolero.

Tal acuminación ha sido desmentida por los esclarecimientos que sobre su vida han hecho el tiempo y las declaraciones espontáneas de quienes militaron con él ó cerca de él. Prueba también la rectitud de su conducta como patriota, un episodio auténtico, aun-

que poco conocido, que ocurrió entre él y el sanguinario Catarino Frago, en terrenos de Tepotzotlán, perteneciente al distrito de Cuautitlán, Estado de México. (*)

Lejos de entregarse á vituperables excesos, procuraba, hasta donde alcanzaba su esfera de acción, que otros guerrilleros cumplieran estrictamente con sus deberes de soldados. Varios altercados y aun encuentros á mano armada que tuvo con el sanguinario Catarino Frago, dan de ello irrecusable testimonio. Uno de esos encuentros se verificó en terrenos de Tepotzotlán, perteneciente al Distrito de Cuautitlán, Estado de México. Romero y Frago sostuvieron allí una lucha personal, en la que el último resultó vencido; y dió motivo este incidente á que varios soldados de la guerrilla de Frago desertaran, para ponerse á las órdenes de Romero. Todavía hay en la comarca muchas personas que refieren este episodio.

No siempre favoreció á Romero la fortuna en sus encuentros con Frago.

En otra desavenencia que tuvieron un día en Ixmiquilpan, logró este último desarmar á su antagonista y apoderarse de su guerrilla, cuyos hombres fueron incorporados á la suya propia.

Pero no era Romero de carácter á propósito para quedarse tranquilo después de aquel percance. Dirigióse sin pérdida de tiempo á San Pedro Tlahuililpan, reunió una docena de rancheros fuertes, bravos y bien armados, y volvió en son de guerra á Ixmiquilpan á las pocas horas de haber salido del pueblo. Atacó á Frago con la impetuosidad que le era característica, y recobró su guerrilla, reforzándola además con algunos de los soldados de aquel. Después de este incidente, fué internando Romero en el Estado de Hidalgo. Unido al coronel Baltasar Tellez, sufrió al poco tiempo una terrible derrota en la loma de Apulco. Rehizo sus fuerzas con la rapidez y tenacidad que le eran propias, y unos cuantos días después tuvo ocasión de tomar desquite de aquel desastre. Supo que no lejos del sitio en que éste le había acontecido, iba á pasar un carruaje en el que viajaban algunos jefes del ejército francés, protegidos por

(*) A algunas de las pocas personas que todavía hoy creen que Nicolás Romero manchó sus brillantes servicios á la patria con actos vituperables á que á veces se entregó, les hemos pedido que precisen alguno de ellos ó nos indiquen qué persona podrá aducir algún testimonio admisible, que corrobore su opinión contra el célebre guerrillero, y todas nos han contestado que solo de ellos saben que no siempre se portó bien. Esta carencia de un cargo concreto nos confirma en nuestra opinión de que los rumores propalados por el Imperio para dar visos de ejecución justificara al sacrificio de aquel patriota, son el origen de esas especies cada día más desvanecidas.

una buena escolta. Romero y los suyos atacaron á la fuerza francesa y la derrotaron á pesar de que era más numerosa que ellos, y no obstante que se defendió con mucho valor.

Los jefes franceses quedaron prisioneros, y los soldados fueron desarmados y puestos en libertad.

Este rasgo de generosidad de Romero, que se repetía muy á menudo en sus victorias, había de ser pagado más tarde de un modo bien extraño, por quienes con él resultaban favorecidos nada menos que con la vida. Dos de esos prisioneros agraciados con el perdón, habían de ir á declarar un día á la Corte Marcial, que Nicolás Romero era un bandido.

¡Cuántas vilezas y cuántas mezquindades empuñaron en aquella guerra el noble carácter francés! Verdad es que los soldados del ejército expedicionario no eran ya los hijos libres de Francia, sino los siervos sin voluntad del último de los Napoleones, los instrumentos inertes de sus caprichos y de sus proyectos. En tanto que llegaba el día en que recibiera la ruin recompensa de sus actos generosos con los prisioneros franceses, Romero seguía haciéndoles incansable pero leal y franca guerra, combatiendo muchas veces contra fuerzas muy superiores á la suya.

Otra ocasión tropezó con un convoy francés, á inmediaciones de Calpulalpan; lo atacó con su vigor habitual y dispersó á la escolta. Del convoy apresado, sólo tomó el vencedor las armas, el parque y unas piezas de paño rojo, con las cuales se hicieron blusas sus soldados, á los que desde entonces se dió la denominación, que se hizo popular, de *Colo-rados de Romero*.

Los descalabros que por los rumbos de Hidalgo y México sufrían las fuerzas francesas con la presencia del guerrillero republicano, provocaron contra él una persecución sin tregua y con tropas muy superiores en número y recursos á las suyas. Como no podía sostener el choque de ellas en tan desiguales condiciones, se dirigió al S. O. con sus valientes compañeros, y se perdió en las ásperas montañas de Michoacán, para respirar el aire montañés, tan propicio siempre á los campeones de la libertad, y volver á la carga con renovado brío. Iba á comenzar el período incandescente de su carrera.

III.

Nicolás Romero era en esa época un hombre de treinta y seis años, de estatura mediana, de compleción dura y vigorosa, pero de proporciones no desmesuradas; usaba el pelo muy corto, tenía los ojos pardos, facciones comunes y bigote negro y escaso; su tez era